

# EL U R U M E A.

PERIÓDICO NO POLÍTICO.

Se publica los Martes, Jueves y Domingos.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

San Sebastian, Admon., Redaccion  
4 Imprenta Calle de Oquendo núm. 4.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En San Sebastian por 3 meses 3 pesetas, 6 meses 5 pesetas, un año 10 pesetas.  
Fuera de San Sebastian id. 3'30 6 id. 6 id. id. 11 id.  
Fuera de la Peninsula id. 6 6 id. 12 id. id. 24 id.

ANUNCIOS.—La línea 0'10 de peseta  
4 los suscritores, 0'20 a los  
que no lo sean.

COMUNICADOS.—La línea 0'35 pets.

## LAS SIDRERIAS.

Donostiaco gaztelupeco  
Sagardoaren gozoa  
anchen eraten ari nuntzala  
ausi citzaidan basoa  
Eta crisquitin ...  
(Hiru damacho);

Desde que un sabio médico extranjero descubrió que la manzana era un admirable profiláctico y un tónico incomparable, y que la disminución de los padecimientos biliosos y de la dispepsia era debida al aumento del consumo de las manzanas, las miro con profunda veneración, sobre todo si son de las llamadas Pampandojas ó Campandojas.

Llevado de mi entusiasmo, todo lo que de la excelente fruta dimana meréceme alta estimación y miro con gran respeto a la sicera de los Ro-

manos (Erromatarren sisarra), al cyder de los ingleses, al apfelvvein de los alemanes y por el mismo consiguiente a las sidrerias (sagardotegniac) y a las sidreras (sagardo-saltzalleuc.)

Pondría la mano en el fuego de que no fué manzana la ilícita fruta que comió Adán, pues estoy convencido hasta la saciedad de que la manzana, ora sea Andoain ó Mercader, ora se presente en compota ó en conserva, cruda ó asada, con azúcar moscabado ó en aguardiente de Reus es de muy fácil digestión y cualquier quisque, con solo tocarse el hocado de Adán ó cartilago tiróides de la laringe, puede convencerse de que no pudo ser manzana la fruta que dejara semejante hueso, puesto que la del manzano no le tiene ni lo ha tenido nunca.

Mas ¿qué cosa ilustre y excelente

no ha sido disfamada por la mala intención? ¿Qué cosa excelente como la manzana, está libre y fuera del riesgo de una insidiosa dentellada ó de un traidor colmillazo.

Infalible regla es que nada se escape de la malicia y de la envidia, máxime si es buena y reputada, y menos habia de escaparse la manzana (malus communis) siendo enemiga declarada de la bilis, de la hiel (beazuna como decimos nosotros); es decir enemiga del jugo más ácre, más amargo y nocivo; del humor que nos vuelve huraños, desconfiados y vidriosos poniéndonos hasta el semblante verdinegro y fosco, esquinado y de pocos amigos.

¡Oh! incomparable zumo, alegría de nuestra honrada y vigorosa clase trabajadora.

Observad el carácter de nuestros pescadores, de nuestros marineros,

de nuestros obreros, de nuestros mi-queletes y de nuestros aldeanos.

Fijáos en los hijos de Pelayo, en los robustos y bravos astúres.

Ahi teneis, en Francia, a los fuertes é históricos Normandos.

Su proverbial honradez, su bondad y su franqueza nunca desmentidas, las deben al uso de la sidra.

No hay bilis en su interior, la sidra se los destruye.

Si alguna vez abusan de ella, extralimitándose, que monas más pacíficas las suyas; que sonrisa de bondad la que a sus labios asoma; que guirguir de ojos más tierno; que cracrac más pausado y filosófico.

¡Oh! juró por la cuba más grande de Guipúzcoa, que el día que sea ministro de Fomento, fomentaré la industria de la sidra, plantando lagares hasta en los cuarteles; manzanos hasta en los atrios de las iglesias.

— 16 —

Esta niña, rubia, blanca, de voz dulce y armoniosa como la del que da una buena noticia; de ojos grandes y negros al parecer, pues aunque los tiene castaños se destacan valientemente en su rostro anazarado; de labios de carmin, de dientes blancos, como la china...

— Venga de eso — gritó Varillas sin poder contenerse.

— En fin, repuso Perico, esta preciosa criatura se llama Julia, y es prima hermana de la no menos angelical Matilde, de quien nos ha hablado Adrian.

La impaciencia de nuestro amigo Beta por presentarse en la Iglesia de San Luis, el emplazado domingo, era sólo comparable a la de Julia por lucir su elegantísimo traje de color de lila.

Adrian, peinado en casa de Vinader, vestido por Blanco, calzado no sé en donde, pero perfectamente; con un sombrero alto de última moda del escaparate de Aimable, y con un elegante bastoncillo de casa de Plantey en la mano, subía la calle de la Montera a paso redoblado, con la vista fija en la iglesia, la que parecia querer tomar por asalto.

Al mismo tiempo, Julia, la del nuevo vestido de lila, acompañando a su mamá, bajaba desde la Red de San Luis, por la acera de la Iglesia, cautivando con sus hechizos a cuantos la veían.

Adrian y la primita de Matilde llegaron al mismo tiempo a los escalones del pórtico, en donde se arremolinaban los fieles y católicos madrileños ni más ni menos que a la puerta de una plaza de toros.

Adrian temblaba; se le iba la cabeza; se le escurria el baston; sentia frio; sentia calor; latía el corazón con atropellada violencia.

Se le acercaba el momento de probar a Matilde que era un semi-héroe, capaz de dar cima a cualquier hazaña caballeresca.

Adrian y Julia empezaron a subir los escalones del templo, impelidos por los que entraban... y por los que salían, haciendo equilibrios sobre las puntas de los pies.

De improviso, señores, escuchóse un seco chasquido al

— 13 —

proponerle de ir a estudiar una carrera, llegó a fijarse en él y a examinarlo con calma, y, al parecer, se le figuró menos descabellado y absurdo al mirarlo despacio y con frialdad, que cuando lo rechazó a volapié y dominado por la cólera.

— Lo cierto es que tu padre, lo mismo que el mío y los de otros muchos más estuvo hecho todo un profeta, al decirte que querias ir a Madrid a correr la tuna, — dijo el presidente Perico.

— Y que el volapié te le dió con mas razon que un santo, añadió Goico... etcétera.

— Yo le estoy sumamente agradecido, dijo Adrian.

— Señores, dijo Varillas, pido que no se interrumpa al narrador.

— Sigue, Adrian, dijimos algunos.

— En la reunion de la botica, a la que acudia todas las noches mi Sr. padre, dijo Adrian, aconsejose, en buen hora, con el dueño del establecimiento, con el médico, con el escribano, con el organista y con un indiano, medio geólogo, medio astrónomo, medio loco, segun opinion general del pueblo, quienes aprobaron mi proyecto; quizás sospechó y temió mi buen padre que yo tuviera bastante resolución para llevarlo a cabo sin su consentimiento, lo cierto es que, por fin, convencido de que mi plan era excelente, y mis deseos de estudiar una carrera consecuencia de nobles y juveniles aspiraciones, me mandó a Madrid, quedando él batallando con mi mamá y mis intransigentes hermanitas, que no le perdonaban el que hubiera cedido tan facilmente.

Hay que advertir — repuso Adrian Beta — que en esta conducta de mis tres hermanas, habia su poquitin de celos, pues estaban muy enteradas de mi amor por Matilde, y no se les escapaba que mi afan por ir a Madrid no tenía más colmo que el de ver a mi idolatrado tormento a todas horas, y de vivir en donde ella viviera.

Fuéron, sin embargo, bastante cuerdas para no declarar nada de esto a mis padres, y yo pude cumplir el juramento que hice a Matilde la noche de la cita.